

Juego limpio

Alfredo Acle Tomasini©

En pleno centro del circo Romano un individuo se le entierra hasta la cabeza. Es dejado solo, en tanto miles de espectadores esperan ansiosos que salga la fiera que la devore y descubra que debajo de ella hay un manjar más apetitoso. Finalmente aparece en la orilla un león tan babeante como hambriento. Otea nervioso esa planicie circular donde no ve más que arena hasta que descubre un rostro con expresión desesperada. El felino corre en busca de su alimento, la tribuna se entusiasma; con rápidos movimientos el enterrado evita las tarascadas y en un golpe de suerte, logra dominar a la bestia mordiéndole un testículo; el público se revela y grita enardecido ¡juega limpio desgraciado!

Tan pronto como inició la ofensiva Israelí en Gaza, Bush la justificó como el derecho que todo pueblo tiene de defenderse. Pero que hay del bloqueo asfixiante; de los asesinatos selectivos con sus consiguientes “daños colaterales”; del territorio ocupado y a la vez colonizado, lenta pero visiblemente; de un pueblo literalmente acorralado en una franja minúscula cercada por un muro, que recuerda las reservaciones de los indios norteamericanos; de una soberanía territorial administrada por un país extranjero que decide quién y que entra o sale; de una población sin esperanza que sólo puede revolve en su miseria e irse más abajo.

Pero la desproporción del ataque militar y los oídos sordos ante múltiples llamados para detenerlo, incluso de las propias Naciones Unidas, inducen a pensar que los salientes gobiernos de Estados Unidos e Israel - uno dirigido por un inepto que tiene las manos llenas de sangre y el otro por un tipo acusado de corrupción - pactaron aprovechar al máximo y con la mayor fuerza destructiva a su alcance, los últimos días del primero en la Casa Blanca, porque posiblemente su nuevo inquilino tenga otra visión.

A esto se suma el proceso electoral de Israel que está siendo influido por el apoyo masivo de la opinión pública hacia la ofensiva militar, y dado que en ese país los candidatos pueden a la vez ejercer como funcionarios, se crea una dinámica perversa, donde éstos ven que hacer la guerra les procura votos, mientras que otros, aunque discrepen, callarán para no perderlos. Y lo peor, es que no queda claro cómo se valorará el resultado.

A la par que nos asombra la destrucción y la muerte de casi mil palestinos, - buena parte de ellos niños y mujeres-, vemos con incredulidad la forma como frente a la tragedia se ha endurecido el corazón del pueblo israelí. Basta recordar que apenas en 2006 murieron también a manos de su ejército 1,200 libaneses, la mayoría civiles, como si cada represalia fuera versión agrandada de la ley del Talión donde la justicia retributiva ya no se limita al ojo por ojo sino al cien por uno.

Seguramente esta actitud está influida por una prensa nacional e internacional hábilmente inducida como una campaña propagandística de mayor alcance, que reitera el mismo mensaje: luchamos por nuestra subsistencia y tenemos el derecho a defendernos como la haría cualquier país (¿) Esto anula también la posibilidad de entender que el odio sembrado

en cada muerte y en la complicidad manifiesta, hace de la seguridad de Israel y de buena parte del mundo, una quimera.

Cuando observamos que la mayoría de las poblaciones palestina e israelí nació después de la guerra 1967, año que marcó la última expansión territorial de Israel, hoy el motivo central del conflicto en la región, nos preguntamos en qué medida esto influye en las visiones que ambos pueblos tienen de él; unos nacieron en un estado consolidado creado por un acuerdo de las Naciones Unidas que hizo eco de la tragedia del holocausto y decidió partir a Palestina en dos. El dolor dio derecho a un estado y eso mismo justifica defenderlo, aunque eso implique ignorar cómo se expandieron sus fronteras originales y a quiénes desplazaron; los otros han nacido como miembros de un pueblo que pese al mismo acuerdo y a su existencia milenaria todavía no alcanza la categoría de estado, y menos aún es dueño de su destino. Muchos de ellos, como sus abuelos y padres, tienen la nada envidiable calidad de refugiados.

Dos visiones que permanecerán encontradas mientras no se devuelva una porción de tierra que emponzoña y que a la luz del actual poderío militar de Israel no es crítica para su seguridad, y si en cambio parece un recurso para generar reacciones violentas que sirven de coartada para nunca ceder lo que se ganó y retiene con la fuerza. ¡Que jueguen limpio los palestinos!